

## QUINTANA

(DON MANUEL JOSÉ).

Madrid, patria de tantos famosos españoles, lo es también del célebre poeta é ilustre ciudadano don Manuel José Quintana. Nació este ingenio el día 11 de abril de 1772; después de haber hecho sus primeros estudios en esta corte, aprendió la latinidad en Córdoba, la retórica y filosofía en el seminario conciliar de Salamanca y el derecho civil y canónico en la universidad de la misma.

Dedicóse con preferencia desde su primera juventud á la poesía, á la elocuencia y á la historia en que tuvo por maestros á Melendez, Estala y Cienfuegos. Empezó á darse á conocer por los años de 1795 con algunas composiciones líricas; en 1801 dió al teatro la tragedia del *Duque de Visco*, imitado de un drama inglés, que se representó en el coliseo de la Cruz. En 1802 publicó un *Tomo de Poesías*, reimprésas después diferentes veces, y por el mismo tiempo escribió, como principal redactor, en el periódico titulado *Varietades de ciencias, literatura y artes*. Después dió á luz el *Pelayo*, tragedia representada en los Caños del Paral en enero de 1805. En 1807 publicó el tomo primero de las *Vidas de Españoles célebres*. En 1808, la colección en tres tomos de *Poesías selectas castellanas*, desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días. En el mismo año dió á luz sus *Odas á España libre* y á otros argumentos de igual naturaleza, y entonces escribió también en el *Semanario patriótico*, periódico político, emprendido en compañía de otros amigos para fomentar y sostener el espíritu de independencia contra la invasión francesa. A nombre de los diferentes gobiernos que se sucedieron durante la guerra de la independencia, publicó el señor Quintana varios *Manifiestos, Proclamas y Decretos*; y en los años de 1830 y 1833 dió á luz otra colección de *Poesías selectas castellanas*, aumentada con diferentes ilustraciones críticas y con dos tomos de poesía épica antigua; el tomo segundo de las *Vidas de Españoles célebres* en 1830 y el tomo tercero en 1833.

El señor Quintana es individuo de la real academia de San Fernando y de otras sociedades económicas y literarias.

Graduado en ambos derechos y recibido de abogado, el primer empleo que tuvo fué el de agente fiscal de la junta de comercio, después censor de teatros; y sucesivamente oficial mayor de la secretaría general de la junta central, secretario del rey con ejercicio de decretos, secretario de la interpretación de lenguas, vocal de la suprema junta de censura en la primera época de las Cortes, y

también individuo de la comisión nombrada para la formación del nuevo plan de estudios, en la que fué encargado de estender todos los trabajos que se presentaron al gobierno y se aprobaron después por las Cortes.

De resultas de los acontecimientos de 1814 padeció una prisión de seis años, al cabo de los cuales, restablecido el gobierno constitucional, volvió á ser secretario de la interpretación de lenguas y vocal de la suprema junta de censura. Formada la dirección general de estudios en 1821, fué hecho presidente de ella, hasta que en 1823 fué abolido otro vez el sistema constitucional, y por consiguiente el señor Quintana vuelto á ser despojado de sus empleos y de todo influjo público.

Retiróse entonces á un pueblo de Extremadura, donde residía su familia paterna, y allí vivió hasta setiembre de 1828, en que se le permitió restituirse á Madrid á continuar sus trabajos y estudios literarios. Al año siguiente fué nombrado vocal de la junta del museo de ciencias naturales, y después en 1833 restablecido en su antiguo empleo de secretario de la interpretación de lenguas. Últimamente ha sido elevado á la dignidad de prócer del reino y nombrado ministro del consejo real.

Respira en todas las composiciones de este poeta un carácter eminentemente patriótico, siempre unido á la mas profunda filosofía: él es la divisa peculiar de sus cantares y la causa de su inmensa popularidad. La musa de Quintana, tan conocida en España y en América, rara vez se entusiasma con otros acentos que con los de la patria y la libertad. Por eso es tan cara á los españoles; por eso es tan verdaderamente nacional.

## I.

*Heroicidad de Guzman el Bueno en Tarifa.*

(Vidas de Españoles célebres.)

Entre los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debo distinguirse el infante don Juan, uno de los hermanos del rey (1); inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, habia abandonado á su padre por su hermano, y después á su hermano por su padre. En el reinado de Sancho fué siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle, ni contenerle el favor. A cualquiera sopló de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamás en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen: ambicioso sin capacidad, faccioso sin

(1) Sucedió el heroico lance que aquí se refiere en el reinado de don Sancho el IV, llamado el *Bravo*, en los últimos años del siglo décimotercio, poco después de la guerra civil que suscitó contra su padre don Alonso el *Sabio*.

valor, y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el rey su hermano de darle libertad de la prision á que le condenó en Alfaro, cuando la muerte del señor de Vizcaya, cuyo cómplice habia sido. Ni el juramento que entonces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideración que le dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó á Portugal, de donde aquel rey le mandó salir por respeto á don Sancho. De allí se embarcó, y llegó á Tánger, y ofreció sus servicios al rey de Marruecos Aben Jacob, que pensaba entonces hacer guerra al rey de Castilla. Le recibió con todo honor y cortesía, y le envió en compañía de su primo Amir al frente de cinco mil ginetes, con los cuales pasaron el estrecho, y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa; y la vil propuesta fué desechada con indignacion. Atácanla despues con todos los artificios que el arte y la animosidad les sugirieron; mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos dias, y manifestando á Guzman el desamparo en que le dejan los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que pues habia hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partia con ellos su tesoro, descercarian la villa. « Los buenos caballeros, respondió Guzman, ni compran ni venden la victoria. « Furiosos los moros se aprestaban nuevamente al asalto, cuando el inicuo infante acude á otro medio mas poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenia en su poder al hijo mayor de Guzman, que sus padres le habian confiado anteriormente para que le llevase á la corte de Portugal, con cuyo rey tenian deudo. En vez de dejarlo allí, le llevó al Africa, y le trajo á España consigo; y entonces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenia, y se le presentó al padre, intimándole que si no rendia la plaza, le matarian á su vista. No era esta la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya en los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia á Zamora, habia cogido un hijo de la alcadesa del Alcázar, y presentándole con la misma intimacion, habia logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasion su barbarie era sin comparacion mas horrible, pues con la humanidad y la justicia violaba á un tiempo la amistad, el honor y la confianza. Al ver el hijo, al oir sus gemidos, y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron á los ojos del padre; pero la fe jurada al rey, la salud de la patria, la indignacion producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza, y vencen, mostrándose el heroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna. « No engendré yo » hijo, prorumpió, para que fuese contra mi tierra; antes engendré hijo á mi patria para que fuese contra todos los enemigos de » ella. Si don Juan le diese muerte, á mi dará gloria, á mi hijo

» verdadera vida, y á él eterna infamia en el mundo, y condenacion eterna despues de muerto. Y para que vean cuan lejos estoy » de rendir la plaza, y faltar á mi deber, allá va mi cuchillo, si » acaso les falta arma para completar su atrocidad. » Dicho esto, sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, le arrojó al campo, y se retiró al castillo.

Sentóse á comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho, para que no saliese al rostro. Entretanto el infante, desesperado y rabioso hizo degollar la víctima, á cuyo sacrificio los cristianos que estaban en el muro, prorumpieron en alaridos. Salíó al ruido Guzman, y cierto de donde nacia, volvió á la mesa diciendo: « Cuidé que los enemigos entraban en Tarifa. » De allí á poco los moros, desconfiados de allanar su constancia, y temiendo el socorro que ya venia de Sevilla á los sitiados, levantaron el cerco que habia durado seis meses, y se volvieron á Africa sin mas fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecia.

La fama de aquel hecho llenó al instante toda España, y llegó á los oidos del rey. Enfermo á la sazón en Alcalá de Henares; desde allí escribió á Guzman una carta en demostracion de agradecimiento por la insigne defensa que habia hecho de Tarifa. Compárale en ella á Abraham, le confirma el renombre de *Bueno*, que ya el público le daba por sus virtudes; le promete mercedes correspondientes á su lealtad, y le manda que venga á verle, escusándose de no ir él á buscarle en persona por su dolencia. Don Alonso, luego que se desembarazó del tropel de amigos y parientes, que de todas partes del reino acudieron á darle el parabien y pésame de su hazaña, vino á Castilla con grande acompañamiento. Salian á verle las gentes á los caminos: señalábanle con el dedo por las calles: hasta las doncellas recatadas pedian licencia á sus padres para ir y saciar sus ojos, viendo á aquel varon insigne que tan grande ejemplo de entereza habia dado. Al llegar á Alcalá salió la corte toda á su encuentro por mandado del rey, y Sancho al recibirlo, dijo á los donceles y caballeros que estaban presentes: « Aprended, caballeros, á sacar labores de bondad; cerca teneis el dechado. » A estas palabras de favor y de gracia añadió mercedes y privilegios magníficos; y entonces fué cuando le hizo donacion para si y sus descendientes, de toda la tierra que costea la Andalucia, entre las desembocaduras del Guadalquivir y Guadelete.

## II.

*Triunfos navales de Roger de Lauria (1).*

(Vidas de Españoles célebres.)

Las aguas de Malta fueron el teatro de la primera victoria de Roger. Tuvo aviso de que las galeras francesas navegaban la vuelta de aquella isla, para socorrer la ciudadela sitiada por los aragoneses, y al instante se dirigió con las suyas á encontrarlas. Hallólas descuidadas en el puerto; y aunque pudo acometerlas improvisamente sin ser sentido, quiso mas bien esperar el día para la batalla, y les envió un esquife á decirles que se rindiesen, ó se apercibiesen á la pelea. Sin duda que quiso dar crédito á sus armas, manifestando á los enemigos que desdenaba los medios de la astucia, y solo queria valerse del esfuerzo; mas el éxito únicamente podia absolver de temeraria esta bizarria. Eran las galeras enemigas veinte, y las suyas diez y ocho; al rayar el día embistieron las unas con las otras, y pelearon con tanto teson y encarnizamiento, como si de aquella jornada dependiese la restitucion de la Sicilia. Medio día era pasado, y aun duraba la accion, cuando el general frances vió que sus galeras cedian, y se inclinaban á huir. Llamábase Guillermo Corner, y estaba dotado de un valor extraordinario: encendido en saña por la flaqueza de los suyos, quiso aventurarle todo de una vez, y con denuedo terrible acometió la capitana de Lauria, creyendo librada su victoria en tomarla ó destruirla. Abordóla por la proa: él con una hacha de armas empezó á hacerse camino por medio de sus enemigos, hiriendo y matando en ellos: Roger le salió al encuentro, y los dos pelearon entre si con el esfuerzo que los distinguia, y el furor que los animaba. En medio de la refriega una azcona arrojada clava á Roger por un pie á las tablas del navio, y una piedra derriba á Guillermo el hacha que tenia en la mano; entonces el general español que habia podido desclavarse la azcona, la arrojó á su contrario, que atravesado con ella, cayó sobre la cubierta sin vida. Su muerte acabó de declarar la victoria por los nuestros, que con diez galeras apresadas, y rendidas las islas de Gozo, Malta y Lipari, volvieron triunfantes á Sicilia.

Alzado con esta ventaja el ánimo á mayores cosas, Roger armando cuantas galeras habia en la isla, costeó con ellas toda la marina de Calabria, y se dirigió á Nápoles, en cuyas cercanias se puso como provocando al enemigo. Para mas irritarle se acercó á los muros, y lanzó sobre la ciudad toda clase de armas arrojadas. Despues recorrió la marina occidental de Pausilipo, infestando la costa, saqueando los lugares, y talando y destruyendo los jardines

(1) Los alcanzó por los años de 1283 y 1284, siendo almirante de Aragon por el rey don Pedro III en la guerra contra Carlos de Anjou, que le disputaba la corona de Sicilia.

y viñedos de la ribera. Miraban los napolitanos desde sus murallas esta devastacion, ardian ya por salir á castigar la soberbia insolente de sus contrarios. El rey Carlos no se hallaba allí entonces; mas el principe de Salerno su hijo, á quien habia dejado el gobierno del estado en su ausencia, ansioso de vengar aquella afrenta, hizo armar los barones y caballeros que con él estaban; y llenando de gente y pertrechos bélicos las galeras que habia en el puerto, salió el mismo en persona en busca de los nuestros. No concuerdan los historiadores en el número de galeras que habia de una parte y otra, aunque todos afirman que eran muchas mas las enemigas. Roger, viéndolas venir, hizose á la vela, como que rehusaba el combate, para alejarlas del puerto: lo cual visto por los napolitanos, les acrecentó el orgullo de tal manera, que ya denostaban á los catalanes y sicilianos, y les mostraban de lejos las sogas y cuerdas que habian de servir á su esclavitud y á sus suplicios. Cuando ya estuvieron en alta mar, saltó Roger en un esquife, y recorriendo con él por los buques de su armada, exhortaba á los suyos á la pelea, y les señalaba la pompa y la riqueza de los barones y caballeros franceses, como despojos ciertos de su aliento y su destreza: hecho esto, volvió á subir á su galera, puso con ligereza increíble la escuadra en orden de batalla, y partió furiosamente á encontrar con la enemiga.

Trabóse el combate, que ya por las fuerzas que concurrían, ya por la animosidad de los combatientes, ya por las consecuencias importantes que tuvo, fué el mas illustre de los que hasta entonces se habian dado por mar en aquel tiempo. Animaba á los nuestros el deseo de conservar el dominio y gloria recientemente ganados, mientras que los franceses ardian en ansia de vengar las afrentas y daños recibidos. Embestianse con furor, procurando romper con el impetu y la fuerza la muralla que opinian los contrarios; y aferradas las galeras por las proas, revolvianse de una parte á otra á buscar el lado en que mas pudiesen ofender, sin que en tal conflicto y en semejante cercania, se disparase tiro que no fuese mortal. Pero aunque las fuerzas del principe eran superiores á las de Roger, se vió muy desde el principio del combate, cuanta ventaja llevaban los soldados prácticos en las maniobras navales á los cortos y caballeros, poco ejercitados en ellas. Algunas de las galeras enemigas, que pudieron desasirse, tomaron la vuelta de Nápoles con el genoves Henrique de Mar, que logró al fin escaparse. Volaron á su alcance las catalanas, y tomaron diez de ellas con todos los guerreros que contenian. Roger, desde su navio, animaba á los suyos al seguimiento, y cuando los sentia flaquear, los amenazaba furioso, si dejaban escapar la presa. Entretanto se peleaba terriblemente al rededor de la galera de Capua, donde iba el principe de Salerno. Allí estaba la mejor gente, allí los mas bravos caballeros. Unidos. apiñados entre si, formaban un muro delante de su caudillo; y peleando desesperados, contrastaban la industria y esfuerzo de los nuestros, y ponian en balanza la victo-

ria. Roger, cansado de esta resistencia, mandó barrenar la galera, y desfondarla para echarla á pique: entonces el príncipe, temeroso ya de su muerte, le hizo llamar y le entregó su espada, pidiéndole la vida, y la de los que iban con él. Roger le dió la mano, y le pasó á su galera, quedando hechos al mismo tiempo prisioneros el general de la escuadra enemiga Jacobo Brusson, Guillermo Stendardo, y otros ilustres caballeros italianos y provenzales.

Ganada la batalla, los nuestros, fieros con el suceso, dieron la vuelta á Nápoles, y presentándose delante de la ciudad con toda la arrogancia de su triunfo, empezaron á escitarla á la sedición y á la novedad. Tumultuáronse los moradores, unos por miedo, otros con deseo de sacudir el yugo frances, y en altas voces gritaban: «Viva Roger, muera Carlos.» Costó mucho afán á los ciudadanos, amigos del orden, contener esta agitacion; y Roger, perdida la esperanza de que el movimiento siguiese, hizo vela para Mecina.

### III.

#### *Los heroes de Barleta.*

(Vidas de Españoles célebres.)

La estacion de Barleta será para siempre memorable, como un ejemplar de paciencia, de destreza y de heroísmo. Tales parecen en la fábula y en la historia el sitio de Troya, ó la circunvalacion de Capua. Los duelos singulares y de pocas personas, la cortesía caballeresca con que se trataban los prisioneros, la jactancia y billetes de los generales, todo da á esta época un aire de tiempo heroico, que ocupa agradablemente la imaginacion.

El duque de Nemours, confiado en la superioridad de sus fuerzas, pensaba hostigar continuamente á los nuestros; y el hostigado era él mismo, teniendo que sufrir el desabrimiento de ver á los suyos casi siempre inferiores en las escaramuzas y reencuentros parciales que tenian, ya sobre forrajes y mantenimientos, ya sobre la posesion de los pueblos inmediatos á Barleta. Pero lo que mas alentó los ánimos de los nuestros, y abatió á los franceses, fueron los dos célebres desafíos que sucedieron entonces. El primero fué entre españoles y franceses. Confesaban los enemigos que el español les era igual en la pelea de á pie, pero decian al mismo tiempo que era muy inferior á caballo; negábanlo los españoles, y decian que en una y otra lucha llevaban ventaja á sus contrarios, como se estaba experimentando en los encuentros que diariamente ocurrían. Vino la altercacion á parar en que los franceses enviaron un mensaje á Barleta proponiendo, que si once hombres de armas españoles querian hacer campo con otros tantos de los suyos, ellos estaban prestos á manifestar al mundo cuan superiores les eran. El

mensaje vino un lunes 19 de setiembre, y el desafío se aplazaba para el dia siguiente, con la condicion de que los rendidos habian de quedar prisioneros. Aceptóse el duelo al punto: diéronse rehenes de una y otra parte para la seguridad del campo, y el puesto se señaló en un sitio junto á Arani, á mitad del camino entre Barleta y Viselo. Escogióronse de los nuestros once campeones, entre los cuales el mas célebre era Diego Garcia de Paredes, que á pesar de tres heridas que tenia en la cabeza, quiso asistir á aquella honrosa contienda. Diéronseles las mejoras armas, los mejores caballos: nombróseles por padrino á Próspero Colonna, la segunda persona del ejército: y ya que estuvieron aderezados, el gran capitán hizolos venir ante si, y adelante de los principales caudillos les dijo: que no pudiendo dudar de la justicia de su causa, de cuan buenos y esforzados caballeros eran, debian esperar con certeza la victoria: que se acordasen que la gloria y la reputacion militar, no solo de ellos mismos, sino la del ejército, la de la nacion, y la de sus principes, dependia de aquel conflicto, y por tanto peleasen como buenos, y se ayudasen unos á otros, llevando el propósito de morir, antes que volver sin gloria de la batalla.

Todos lo juraron animosamente, y á la hora señalada salieron, acompañados cada uno de los pages, al lugar del desafío. Llegaron antes que sus contrarios, y luego que estuvieron al frente unos de otros, los padrinos les dividieron el sol, y las trompetas dieron la señal del combate. Arremetieron furiosamente, y del primer encuentro, los nuestros derribaron cuatro franceses, matándoles los caballos: al segundo los enemigos derribaron uno de los españoles, que cayendo entre los cuatro franceses que estaban á pie, y asaltado de todos ellos á un tiempo, le fué forzoso rendirse. A este punto un español mató á un frances de una estocada, y otro rindió á su contrario. Los dos que se habian rendido de una parte y otra, se separaron fuera de la lid; cayó otro frances del caballo, y por matar ó rendirle, todos los españoles cargaron sobre él, y todos los franceses arrebatadamente, á defenderle. Herianse de todos modos, con las hachas, con los estoques, con las dagas: la sangre les corria por entre las armas, y el campo se cubria con los pedazos de acero, que la violencia de los golpes hacia saltar en la tierra. Estremecianse los circunstantes, y esperaban dudosos el éxito de una lucha que tan tenazmente se sostenia. En esta tercera refriega los españoles mataron cinco caballos de sus enemigos, y estos, dos de los nuestros. Quedaban siete franceses á pie y dos á caballo, mientras que los españoles, siendo ocho á caballo y dos á pie, parecia que nada les quedaba ya, sino echarse sobre sus adversarios para ganar la victoria. Acometieron, pues, á concluir la batalla; mas los franceses, atrincherándose entre los caballos muertos, flaqueados de sus dos hombres de armas que les quedaban montados, y asiendo de las lanzas que habia por el suelo, esperaron á sus contrarios, cuyos caballos, espantados á la vista de

los cadáveres, se resistían á sus ginetes, y se negaban á entrar. Varias veces embistieron, y otras tantas tuvieron que retroceder: entonces García de Paredes á voces les decía, que se apeasen, y acometiesen á pie, que él no podía hacerlo por las heridas que tenía en la cabeza; y al mismo tiempo arremetió con su caballo á aportillar la trinchera, y solo por gran rato estuvo haciendo guerra á sus enemigos. Estos se defendieron de él, y le hirieron el caballo tan malamente, que tuvo que retirarse por no caer entre ellos. Mientras él peleaba así, los franceses movían partido, y confesaban que habían errado en decir que los españoles no eran tan diestros caballeros como ellos, y que así podían salir todos como buenos del campo. A los mas de los nuestros parecía bien este partido; mas Paredes no admitía ningun concierto: decía á sus compañeros que de ningun modo cumplían con su honra, sino rindiendo á aquellos hombres, ya medio vencidos; y mal enojado de que no siguiesen su dictámen, herido como estaba, perdida la espada de la mano, y no teniendo á punto otras armas, se volvió á las piedras con las que se había señalado el término del campo, y empezó á lanzarlas contra los franceses. Parece, al leer esto, que se ven las luchas de los heroes en Homero y Virgilio, cuando rotas las lanzas y las espadas, acuden á herirse con aquellas enormes piedras, que el esfuerzo de muchos no podía mover de su sitio. Apeáronse en fin los españoles; los franceses, viéndolos venir, volvieron á ofrecer el partido de que la cosa quedase así, y ellos saliesen del campo, quedándose en él los nuestros, y recogiendo para sí los despojos que estaban esparcidos por el suelo. Había durado la batalla mas de cinco horas; la noche era entrada, y Próspero Colonna aconsejó á los españoles que su honor quedaba en todo su punto, aceptando este partido. Hiziéronlo así, canjeáronse los dos rendidos uno por otro, y los franceses tomaron el camino de Viselo, los nuestros el de Barleta. Los jueces sentenciaron que todos eran buenos caballeros, habiendo manifestado los españoles mas esfuerzo, y los franceses mas constancia. Entre estos se señaló mucho el célebre Bayard, á quien se llamaba el *caballero sin miedo y sin tacha*: entre los nuestros los que mas bien pelearon fueron Paredes, y Diego de Vera.

Sin embargo del honor adquirido por los españoles el Gran Capitán quedó mal enojado del éxito de la batalla, y se dice que quiso castigar á los combatientes, porque habiendo tenido esfuerzo para hacerse superiores en ella, no habían tenido constancia y saber para completar el triunfo, y rendir á sus contrarios. Es notable aquí el honrado proceder de Paredes: él había reñido en la lid á sus compañeros por el concierto que hacían: él fué quien los defendió adelante de su general diciendo; que pues sus contrarios confesaron el error en que estaban respecto de los españoles, no había para que tener en poco lo que se había hecho, porque al fin, los franceses eran tan buenos caballeros como ellos. « Por me-

jores los envié yo al campo,» respondió Gonzalo, y puso fin á la contestacion.

---

 POESÍAS.
 

---

## I.

A la Expedición española para propagar la vacuna en América bajo la dirección de don Francisco de Balmis.

¡Virgen del mundo, América inocente!  
 Tú, que el preciado seno  
 Al cielo ostentas de abundancia lleno  
 Y de apacible juventud la frente;  
 Tú, que á fuer de mas tierna y mas hermosa  
 Entre las zonas de la madre tierra,  
 Debiste ser del hado,  
 Ya contra tí tan inclemente y fiero,  
 Delicia dulce y el amor primero;  
 Oyeme: si hubo vez en que mis ojos  
 Los fastos de tu historia recorriendo  
 No se hinchasen de lágrimas; si pudo  
 Mi corazón sin compasión, sin ira,  
 Tus lastimas oír; ¡ah! que negado  
 Eternamente á la virtud me vea,  
 Y bárbaro y malvado,  
 Cual los que así te destrozaron, sea.

Con sangre estan escritos  
 En el eterno libro de la vida  
 Esos dolientes gritos  
 Que tu labio afligido al cielo envía.  
 Claman allí contra la patria mia,  
 Y vedan estampar gloria y ventura  
 En el campo fatal donde hay delitos.  
 ¿No cesarán jamas? ¿No son bastantes  
 Tres siglos infelices  
 De amarga espiacion? Ya en estos dias  
 No somos, no, los que á la faz del mundo  
 Las alas de la audacia se vistieron  
 Y por el ponto Atlántico volaron;  
 Aquellos que al silencio en que yacias  
 Sangrienta, encadenada te arrancaron. —

« Los mismos ya no sois, pero mi llanto  
 Por eso ha de cesar? Yo olvidaria  
 El rigor de mis duros vencedores: